



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

CREADOS PARA DESEAR

El diseño divino de la sexualidad humana



CREADOS PARA DESEAR

por Tim Jackson y Mart De Haan

El diseño divino de la sexualidad humana

Francisco saludó al consejero con una sonrisa forzada cuando éste llegó al restaurante. Después de una breve e incómoda conversación, Francisco bajó la mirada. Jugó con el palito de remover el café. Le temblaban las manos y la voz.

El consejero nunca antes había visto a Francisco así (éste no es su nombre verdadero). Siempre había sido alegre y optimista. Su esposa, con quien había estado casado cinco años, y sus dos hijos lo adoraban. Le iba muy bien en su posición de analista de sistemas. Asistía a la iglesia con regularidad. A primera vista, todo parecía ir bien, pero eso estaba muy lejos de ser verdad.

En los minutos siguientes, Francisco dijo que había tenido una aventura amorosa con una compañera de trabajo, la cual había quedado embarazada. Se produjo un largo silencio. Francisco se había puesto pálido. Seguía con los ojos clavados en la mesa. «No era intención que sucediese, pero no he

Título del original: *Designed for Desire*

Foto de cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.

© 1996, 2007 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-58424-034-1

SPANISH

Printed in USA

encontrado nada en mi casa. Patricia ha estado muy ocupada con los niños y ya no tiene tiempo para mí. Ha estado demasiado cansada como para interesarse en mí desde que nació Roberto, pero no se merecía esto. Lo he echado todo a perder. No sé qué hacer. No tengo valor para decírselo a Patricia. Esto la matará. Probablemente [...] no podría soportar perderla a ella y a los niños. No puedo creer que haya hecho esto».

Francisco necesitaba ayuda. A pesar de que llevaría la carga de sus propias decisiones, también había llegado a un punto en que necesitaba el apoyo de alguien para soportar el peso de lo que había hecho. Necesitaba amigos que lo ayudaran a reconciliarse con Dios y con aquellos a los que había herido.

Una enfermera, a quien llamaremos Juana, trabaja en un hospital de la ciudad. Externamente es atractiva y

competente. Internamente se está muriendo. Juana cuenta la triste historia de que de niña fue víctima de abuso sexual y luego estuvo dieciocho años con un hombre que abusaba de ella física y sexualmente. Desde que se divorció seis años atrás, se ha tratado con varios hombres del grupo de solteros de su iglesia y del hospital. Con todos ha tenido relaciones sexuales. A la larga, dice Juana, todos la han dejado.

Juana decía entre sollozos: «Sé que lo que hago está mal. Pero parece que no soy capaz de detenerme. Siempre me hago la promesa de que nunca volverá a ocurrir. Pero nada parece dar resultado. Los hombres con los que salgo esperan que después de un par de invitaciones me acueste con ellos. Sé que ellos no son los únicos culpables. Parece que necesito mucho afecto y seguridad. Sólo deseo a alguien que me abrace, que

me ame. Me siento sola.
¿Qué es lo que me pasa?»

La respuesta a la pregunta de Juana también se aplica a Francisco y al resto de todos nosotros. Nuestra inclinación es entender mal la capacidad que Dios nos ha dado de tener intimidad y deseos. Nuestra tendencia es o bien negar y matar nuestras pasiones, o bien satisfacerlas temporalmente en formas que sólo multiplican nuestra frustración y autodesprecio.

Otra tendencia que tenemos es la de no ver la diferencia entre las necesidades y deseos mal dirigidos. Hace mucho tiempo aprendimos que cuando tenemos sed necesitamos de agua, cuando tenemos hambre necesitamos comida, cuando estamos cansados necesitamos dormir. Por lo tanto, es fácil asumir que cuando sentimos deseo sexual necesitamos satisfacerlos con una relación sexual real o imaginaria.

Nuestra cultura reafirma esa idea. La industria y los medios de comunicación han hecho un arte de la seducción sexual. Estamos rodeados de aquellos que saben que se pueden ganar la vida avivando el fuego del deseo sexual. Las industrias de la televisión, la radio, la música, el video, el cine, el libro, la publicidad y la ropa explotan nuestros mal entendidos y mal dirigidos anhelos de intimidad y satisfacción.

***La conquista
sexual fuera del
matrimonio no es
una señal de libertad,
valía personal ni
sofisticación.***

Sin embargo, la verdad es que no necesitamos la clase de experiencia sexual que nos roba las oportunidades de amistades y relaciones a

largo plazo. No necesitamos una relación física y sexual que sea distintamente masculina o femenina. La conquista sexual fuera del matrimonio no es una señal de libertad, valía personal ni sofisticación.

Si te has perdido en la oscuridad de nuestro sexualizado mundo, hay un camino de regreso. Hay una forma de estar seguros del perdón de Dios. Pero primero es importante tener un claro entendimiento del problema. A pesar de que parte del material que sigue a continuación puede resultar doloroso de leer, es esencial que sepamos lo que Dios piensa de las conductas sexuales que no están de acuerdo con su diseño para el deseo. Las perspectivas de recuperación son mucho mejores si estamos dispuestos a escuchar atentamente la voz de Dios.

LA HISTORIA DE LOS PROBLEMAS SEXUALES

Las crisis sociales de divorcio, SIDA, aborto, abusos, embarazos no deseados y confusión de géneros parecen nuevas. Pero en muchas formas estamos mostrando una vez más nuestra necesidad de arrepentimiento y del perdón de Dios. En muchas formas estamos una vez más frente a la necesidad de distinguirnos de aquellos que no conocen a Dios.

Moisés advirtió a la nación de Israel acerca de no caer en las prácticas sexuales de las culturas que la rodeaban. En Levítico 18 expresó a su pueblo lo que Dios había dicho de los peligros de adulterio, incesto, homosexualidad y contacto carnal entre personas y animales. Con la minuciosidad de un abogado convirtió en delitos capitales

el contacto sexual con hijos, hijastros, padres, padrastros, hermanos, hermanastros y cuñados. Proscribió las relaciones sexuales con tíos, la mujer del prójimo, otra persona del mismo sexo y los animales.

¡Mi pueblo no! El profeta expresó claramente sus razones. Todos los pecados sexuales eran comunes en las naciones circundantes de aquellos días. No obstante, el pueblo de Dios había de distinguirse evitando esas conductas que habían causado destrucción, enfermedades y vergüenza a las naciones que rodeaban a Israel. Específicamente, Moisés escribió: «No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canáan, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos» (Levítico 18:3). Esos comportamientos, dijo Dios, traerían gran perjuicio a aquellos que los practicasen (vv. 24-30).

Sin embargo, el pueblo de Dios no fue fiel a Él. Hasta el rey David, un hombre con un corazón conforme a Dios, cedió a la tentación. En un momento de pasiones mal dirigidas tuvo una aventura amorosa con la mujer de otro hombre y causó un enorme dolor a su familia, a su nación, a su Dios y a sí mismo.

¿Cómo pudo alguien tan piadoso como David caer tan bajo? ¿Qué estaba pasando a su interior aquella oscura noche? ¿Cómo pudo la tentación sexual reducir a un hombre con un corazón conforme a Dios a un destructor y asesino? Si un deseo sexual mal dirigido hizo que David actuase como un pagano, ¿qué posibilidades tenemos de no repetir sus errores?

¡Ni un indicio! Mil años después, el pueblo de Dios todavía estaba luchando por separarse de la conducta sexual de una cultura vecina. En una carta a sus hermanos

que vivían en la ciudad metropolitana de Éfeso, el apóstol Pablo dijo:

Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos (Efesios 5:3).

En la misma carta ya les había pedido:

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza (Efesios 4:17-19).

Pablo tenía buenas razones para estar inquieto. Éfeso se jactaba de tener una de las siete maravillas del

mundo, el templo a la diosa Diana. En aquel templo, las prostitutas tenían relaciones sexuales ceremoniales con los que iban a adorar. Pero eso no era todo. Según Henri Marrou en su historia de la educación antigua, la homosexualidad también se enseñaba en aquella «abierta» sociedad griega como uno de los privilegios que separaban la nobleza griega de los bárbaros.

No obstante, alguien pregunta: ¿Y qué? ¿Por qué tiene la religión que mirar en la «alcoba» de la sociedad? ¿Por qué habría de importarle a Dios la conducta sexual de aquellos que creen en Él? ¿No es más importante que creamos en Él, nos amemos los unos a los otros, y respetemos nuestras diferencias? ¿Por qué habría de querer Dios que Moisés y Pablo contestasen esas preguntas? Una respuesta, según la Biblia, es que a Dios le importa la conducta sexual

porque está arraigada en asuntos más profundos.

Luego abundaremos sobre eso. Por ahora es suficiente mencionar lo que ha estado sucediendo en nuestra sociedad a medida que desechamos cada vez más las limitaciones sexuales que Moisés y Pablo insistían en que mantuviésemos.

¿Es posible que Dios nos ame tanto como para querer librarnos del dolor de un deseo sexual mal dirigido?

Enfermedades venéreas.

Un estudio reciente hecho por el Instituto Alan Guttmacher afirma que uno de cada cinco norteamericanos —cincuenta y seis millones de personas— padece una enfermedad venérea. Entre los doce millones de casos que se diagnostican cada año, las dos terceras partes ocurren en personas menores de veinticinco años, y una cuarta parte en adolescentes (*The Christian Science Monitor*, “*Sexual Revolution—Women Pay the Cost*”

4/08/93). El SIDA es hoy la sexta causa de mortalidad entre personas entre quince a veinticuatro años (*USA Today*, p. 3A, 6/16/93).

Niños no deseados. Un nuevo informe del Centro para Estudios de Políticas Sociales en Washington, D.C. prueba el «estado deteriorante» de los adolescentes. El informe muestra que casi nueve por ciento de los bebés nacidos en 1990 —más de 360.000— nacieron de adolescentes solteros. El número de adolescentes solteros que tienen niños aumentó en cuarenta y cuatro estados de los Estados Unidos y el Distrito de Columbia entre 1985 y 1990, parte del dieciséis por ciento de aumento en toda la nación. A eso hay que añadir las estadísticas de los abortos en los adolescentes, los cuales representan un cuarto de dichos procedimientos (*The Christian Science Monitor*,

Sexual Revolution—Women Pay the Cost, 4/8/93).

Abuso sexual. El costo y los clamores de una sexualidad mal utilizada se hallan dondequiera. La infatuación y la conquista física han sustituido al amor. Los protectores de la sociedad se vuelven destructores. La sospecha sustituye a la confianza. A los niños se les advierte acerca de los adultos, a su vez, titubean antes de saludar a un niño en la calle por temor a ser mal interpretados. Los hombres sospechan de otros hombres, las mujeres sospechan de los hombres como de las mujeres.

Hay familias en las que reina la confusión debido a décadas de abuso sexual secreto. Algunas personas casadas luchan con los recuerdos y las cicatrices de relaciones sexuales anteriores a su matrimonio. El divorcio de compromisos a largo plazo es visto como

la libertad de aspirar a la pasión a corto plazo de una nueva relación. Pastores, líderes religiosos, consejeros y personas que trabajan en guarderías infantiles laboran bajo una nueva nube de desconfianza que ha sido creada por incontables casos de personas en esas profesiones que han cometido inmoralidad sexual.

Estas son algunas de las razones por las que Dios se interesa por nuestra sexualidad. Sin embargo, existen cuestiones más profundas también, y en las páginas siguientes miraremos más de cerca el porqué la Biblia le da tanta importancia a nuestra conducta sexual.

LA RAÍZ DE LOS PROBLEMAS SEXUALES

A la persona atrapada en las garras de una aventura amorosa sexual o del vicio de la pornografía, los problemas de la vida parecen muy físicos y centrados. Parece muy obvio que para satisfacer el deseo sexual debemos darle lo que quiere. Sin embargo, lo que no siempre es evidente es que detrás de nuestros deseos físicos hay apetitos espirituales más profundos, los cuales están adormecidos sólo temporalmente por el hacer sexual. El verdadero problema que alimenta la obsesión sexual no es físico sino espiritual. La raíz de nuestros problemas es una creencia de que podemos satisfacer nuestros propios corazones tomando los asuntos en nuestras propias manos y tratando a nuestros deseos y pasiones como

meros apetitos físicos. No obstante, cuando creemos esta mentira nos perdemos la oportunidad de encontrar verdaderas soluciones y de ejercer dominio propio.

Síntomas de un problema más profundo.

Admitir que se ha cometido pecado sexual o que uno tiene un vicio sexual podría parecer lo suficientemente humillante. Podría parecer que casi no podemos soportar confesar que no hemos vivido a la altura de nuestras propias expectativas ni de las de Dios, o que hemos herido a aquellos que amamos con nuestras elecciones sexuales. Pero antes de que podamos reconciliarnos realmente con nuestro problema, antes de poder descubrir las riquezas del amor y del perdón de Dios, y antes de que podamos redescubrir un sentido saludable de la pasión por la vida hemos de comprender que la raíz del pecado sexual es la idolatría.

La idolatría es la adoración de cualquier cosa o persona que no es el verdadero Dios. El Nuevo Testamento hasta llega a decir que las pasiones mal dirigidas son idolatría (Efesios 5:5; Colosenses 3:5). Según el apóstol Pablo, la avaricia (desear lo que Dios no nos ha ofrecido) es idolatría. La razón es clara. Cuando anhelamos aquello acerca de lo cual Dios nos ha advertido y no tenemos hambre y sed de aquello que Dios nos ha exhortado que alcancemos, hemos honrado nuestros propios deseos más que a Dios mismo.

Con este peligro a la vista, la primera carta de Juan en el Nuevo Testamento termina con las palabras: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1 Juan 5:21). Esta advertencia fue «la última palabra» de una carta que apela a sus lectores para que amen a Dios por encima de todo los demás y se amen unos a otros como señal de nuestro

amor por el Padre. Juan se da cuenta de que cuando Dios deja de ser la pasión de nuestra vida, y cuando no amamos honestamente a los demás con la clase de amor que nosotros hemos recibido de Dios, la pérdida del amor saludable nos hará ir conscientemente en pos de una lascivia que nos hace peligrosos para nosotros mismos y para los demás (1 Juan 2:15-17). Dicha lascivia es un síntoma de idolatría.

Hijitos, guardaos de los ídolos.

—1 Juan 5:21

La idolatría acerca de la cual advirtió el apóstol tiene una historia muy larga. Era un pecado bien arraigado en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Aunque Sodoma era conocida por sus pecados sexuales, las Escrituras establecen claramente que

sus obsesiones y pecados sexuales eran síntomas de problemas de idolatría más profundos. Antes de caer en la confusión de géneros y abandono sexual, los hombres de Sodoma cambiaron el rumbo de sus pasiones de Dios hacia ellos mismos.

El profeta Ezequiel dijo a Jerusalén:

He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité (Ezequiel 16:49,50).

Los pecados sexuales de Sodoma eran el resultado de sus errores, no la causa. Detrás de su homosexualidad había un patrón de decisiones que la colocaran a ella, a sus propios deseos y a

su propio placer en el centro del universo. Para su propia y posterior destrucción, los hombres de Sodoma reemplazaron a Dios con una forma de obsesión sexual que nunca podía satisfacerse (véase también Romanos 1:18-32).

Síntomas de que se ha perdido la pasión por Dios.

La obsesión se produce (dentro o fuera del matrimonio) cuando nos encontramos más en el placer físico temporal que en encontrar nuestra satisfacción en el diseño y los deseos de Dios. Nos enviamos con algo cuando perdemos el celo por Dios y cuando perdemos el «hambre y la sed» por lo que sólo Dios puede hacer en nuestros corazones (Mateo 5:6). La esclavitud sexual aprieta más sus garras cuando usamos la intoxicación momentánea del placer sexual para adormecer las ansias desasosegadas que sólo pueden satisfacerse con una pasión y un amor que

Dios comparte con aquellos que confían en Él.

Sin embargo, lo que sucede muchas veces es que no tenemos mucho a nuestro alrededor que nos ayude a ver la clase de pasión que hemos perdido. Es muy posible que no sepamos lo que nos estamos perdiendo. Es por eso que es tan importante pasar tiempo con Aquel que nos enseñó a tener «hambre y sed de justicia». Es Cristo quien nos muestra con su propio ejemplo que aquellos que están llenos de un amor saludable hacia Dios y hacia los demás no tienen que estar ocupados en el placer sexual físico para ser hombres y mujeres de verdad.

Cristo nos muestra lo que hemos perdido. A pesar de que no tuvo relaciones sexuales, Jesús era un ejemplo perfecto de masculinidad. Era una fuente de fortaleza y protección para los hombres y las mujeres que le rodeaban. Jesús fue

a luchar con el enemigo en lugar nuestro. Sacrificó su vida por la iglesia, su esposa. Absorbió el castigo y los insultos de sus enemigos. Tenía amistades personales estrechas tanto con los hombres como con mujeres. Resistió la seducción del tentador. Era lo suficientemente fuerte como para ser benigno, lo suficientemente ardoroso como limpiar la casa de su Padre, y lo suficientemente seguro de Sí mismo como para llorar por aquellos que amaba. Aunque era Dios, era hombre en todos los sentidos. No obstante, vivió su adolescencia y su juventud como un soltero que no «necesitaba» una relación sexual.

Nuestra reacción podría ser decir: «Sí, pero yo no soy Cristo. Si lo fuese tendría su deseo profundo de Dios y no tendría los problemas sexuales que ahora tengo». Eso es verdad. No somos Cristo. Pero Él vive con

nosotros. En esta vida nunca seremos tan perfectos como Él. Pero podemos colocarnos bajo su dominio. Podemos invitarlo a vivir su vida a través de nosotros y a que haga lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Podemos invitarlo a que vuelva nuestros corazones hacia Dios y a que comparta con nosotros su pasión por el Padre, su hambre de hacer la voluntad de Dios, y su amor profundo y permanente por amigos y enemigos.

Pero, ¿y si, a pesar de nuestro deseo de agradar a Cristo seguimos anhelando la intimidad sexual de una relación matrimonial? ¿Y si estamos luchando con el pensamiento de que Dios puede no darnos un esposo o una esposa?

Entonces hemos de llevarle nuestra desilusión, insatisfacción y sentido de desesperación a Dios. Eso fue lo que hizo nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní. Cuando se enfrentó a la

realidad de que iba a ser ejecutado por nuestros pecados no reprimió sus temores ni trató de ser piadoso. Con gran intensidad luchó contra sus deseos de evitar la cruz. Con gran honestidad le suplicó al Padre que le permitiese evitar la agonía que se acercaba. Pero se quedó en el huerto hasta que pudo decir: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42). Luchó con Dios hasta que su pasión por hacer la voluntad de Dios y su deseo de rescatar a aquellos por los que moría fueron mayores que su deseo de obtener alivio temporal.

Hebreos 12:2 dice que Jesús «por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio [de que lo matasen como a un criminal], y se sentó a la diestra del trono de Dios». En los días de su «tristeza hasta la muerte» se convirtió en el ejemplo del diseño de Dios para desear.

EL DISEÑO DE DIOS PARA DESEAR

Las soluciones siempre se hallan creando o restaurando el sentido del diseño. Todo tiene un diseño: desde los nervios de una hoja hasta la crin de un caballo, desde una micro pastilla de computadora, hasta los rascacielos de una gran ciudad, desde el juguete de un niño hasta un auto deportivo sofisticado. Todo tiene un diseño, un momento, un lugar. Todo demuestra la existencia de una mente creativa detrás del diseño. Lo mismo sucede con nuestra sexualidad. Es el producto de un Diseñador sapientísimo.

Según Génesis 1:26-28, después que Dios hizo el mundo, su vegetación, sus animales y sus estaciones dijo:

Hagamos el hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y

señoree [...] Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

Génesis 2 habla más del origen de nuestro género y nuestra sexualidad. En un segundo relato más específico, Moisés nos dijo que después de hacer a Adán solo se hizo evidente que no había ayuda idónea para él entre los animales. Así, de una costilla de la propia carne de Adán, Dios creó la mujer. Luego Moisés concluyó: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

El relato del Génesis del diseño de Dios deja ver claramente que la sexualidad viene de Dios. Aunque muchos hoy piensan que ser hombre o mujer es una maldición, en el principio no fue así. En el principio, el género era un precioso don de Dios. El hombre y la mujer eran la corona de la creación. Juntos poseían identidades sexuales complementarias que permitían ser buenos el uno para el otro. En el matrimonio, sus géneros complementarios habrían de proporcionar la base, no sólo para compañía, sino también para los placeres mutuos de una sexualidad y una unidad física compartidas. Fuera del matrimonio, el hombre y la mujer se enriquecerían mutuamente con la fusión armoniosa social de sus diferencias masculinas y femeninas. Se darían mutuamente la riqueza de personalidad y relación que no existe en las reuniones

donde hay sólo hombres o sólo mujeres.

Génesis también nos muestra que aunque el hombre y la mujer fueron hechos con ciertas diferencias entre sí, las diferencias entre ellos y los animales son muy grandes. Juntos el hombre y la mujer compartían la imagen de Dios de una forma que no tenía contraparte en el mundo de los animales. Como resultado de ello, la perspectiva de Moisés de los sexos difiere significativamente de la teoría moderna de la evolución. La filosofía naturalista que ha moldeado una parte tan significativa de la educación actual sugiere que no hay una distinción profundamente arraigada entre el hombre y el animal. Entonces, no es de sorprenderse que aquellos que se ven a sí mismos más relacionados con los animales que con Dios actúen como animales en sus relaciones sexuales.

Después que nuestro sistema educativo ha enseñado por décadas las teorías naturalista y de la evolución es comprensible que nuestra generación defienda sus preferencias sexuales citando ejemplos de relaciones homosexuales o de más de un compañero sexual en el mundo de los animales. A menudo escuchamos afirmaciones como ésta: «El sexo es natural y hermoso. Mira los animales. Ellos nos muestran que no tenemos que ser tan rígidos y moralistas en lo que respecta a expresar libremente nuestros deseos heterosexuales u homosexuales».

Sin embargo, Moisés nos mostró que a pesar de que compartimos con los animales un Creador común, no somos animales. A diferencia de las criaturas del mundo animal fuimos creados a la imagen de Dios. Además, Dios escogió la relación sexual humana

para reproducir su propia semejanza en cada niño que nace.

Es esa semejanza a Dios la que se viola cuando los hombres y las mujeres se ven mutuamente como objetos sexuales y no como personas íntegras con necesidades, sueños y destinos compartidos. Hay algo muy deshumanizador en la clase de ética sexual que considera a las mujeres únicamente por el placer físico y sexual que ofrecen sus cuerpos. Es degradante valorar a alguien por «partes» que envejecen rápidamente y pierden su atractivo. Es mucho más honroso ver a cada hombre y mujer como una persona completa que no necesita ser explotada ni engañada a cambio del placer sexual de otra persona, sino una persona que necesita que la honren, la amen, la aprecien y disfruten de su compañía por lo que ella es. Es mucho más noble ser un hombre que ama a las mujeres como

amigas que uno que las ve como objetos de conquista sexual. No obstante, no se trata sólo de ser nobles. La verdad es que hemos sido creados para un deseo que es mucho más elevado que la agresión sexual egocéntrica.

Sin embargo, el relato del Génesis hace más que describir la dignidad y el origen de nuestra sexualidad. También no lleva de vuelta a las raíces de nuestros problemas sexuales.

La distorsión del diseño de Dios. En Génesis 3:1-5, Satanás sugirió a Eva que Dios tenía secretos para ellos. Señalando al árbol que estaba en el huerto del que Dios había prohibido que comiesen, Satanás dijo: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (v. 5).

Oswald Chambers dijo: «Todo pecado está arraigado en la sospecha de que Dios no es muy bueno». Satanás

sedujo a Eva para que creyese que Dios se estaba guardando las mejores cosas para Sí mismo. Y si eso era cierto, entonces no se podía confiar en Él.

La verdad a medias de Satanás tuvo un efecto nocivo. Desde ese momento en adelante su sexualidad se convirtió en una fuente constante de tentación y lucha. Puesto que ya no estaba controlada ni protegida por un amor perfecto, la sexualidad humana llegó a ser un campo de batalla estratégico entre el cielo y el infierno. De ahí en adelante, aquello que fue hecho para disfrutarse en la intimidad y el placer de una relación fiel y mutuamente amorosa se convirtió en un indicativo del alcance de la rebeldía humana.

La fantasía sexual es lo que mucha gente usa para salir adelante en medio de la ineludible soledad de un trágico mundo destruido por el pecado. Es el intento de

forzarnos a regresar al Edén para recuperar lo que se ha perdido. Patrick Carnes dice en su libro titulado *Don't call for love: Recovery From Sexual Addiction*, [No digas que es amor: La recuperación de la adicción sexual]: «Los norteamericanos gastan más en pornografía en un año que las ventas anuales de la Coca-cola (p. 57). El fotógrafo que toma la foto central de la revista *Playboy* sabe cómo alentar la ilusión. También lo sabe la prostituta o el compañero de aventuras amorosas. Todos alimentan la fantasía de que «en algún lugar hay alguien que me amará perfectamente».

En nuestra rebeldía rehusamos aceptar la trágica realidad de que no podemos regresar al Edén. Por tanto, en lugar de acudir a Dios para que tenga misericordia, lo mejor que podemos hacer es intentar mitigar parte de nuestro dolor con algún tipo de placer que podamos controlar. La inmoralidad

sexual da resultado. Crea un sentido falso de vida y pasión que por unos breves momentos nos permite escapar del dolor de nuestro aislamiento de Dios. Así, procuramos abandonarnos a nuestras retorcidas pasiones sexuales para calmar el dolor en nuestra alma. Básicamente lo que hacemos es cambiar al único y verdadero Dios por uno falso. Pero eso tiene su precio.

Harry Schaumburg escribe: «Cuando la gente quiere saborear el cielo por sus propios medios crea un infierno viviente de deseos incontrolables» (*False Intimacy*, p. 60). La raíz de toda perversión e inmoralidad sexual comienza con el deseo de aliviar nuestro dolor con placer. Pero el deseo apasionado de intimidad con Dios se halla profundamente incrustado en el corazón humano. No puede ser acallado, por lo tanto, degenera en un intento inútil de exterminar las pasiones.

Según Oseas, la sustitución de una adoración apasionada de Dios con algún placer despreciable no da como resultado nada que satisfaga profundamente: «Comerán, pero no se saciarán; fornicarán, mas no se multiplicarán, porque dejaron de servir a Jehová [...] el pueblo sin entendimiento caerá» (Oseas 4:10,14). Es esta imagen de prostitución, adulterio e idolatría que se repite en toda la Escritura (Jeremías 3:2-5); Esdras 16,23).

Puesto que el hombre detuvo la verdad acerca de Dios (Romanos 1:18), «cambi[ó] la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible» (v. 23). Por lo tanto Dios entregó a la humanidad a cosas pecaminosas que preferimos más que a Él:

- Perversiones heterosexuales (v. 24)
- La perversión de la homosexualidad (vv. 26,27)

- Pensamientos perversos que conducen a una conducta perversa en todas las áreas de la vida (vv. 28-32).

Harry Schaumburg señala: La acción de Dios es severa no sólo porque nos entrega a nuestros deseos, sino porque nos entrega a una condición de deseos incontrolables. Exigimos, Dios se retira. Optamos por regular nuestras vidas en lugar de honrar y obedecer a Dios; perdemos la capacidad de regular nuestros deseos (*False Intimacy* p. 59).

El asunto es el siguiente: una vez que abandonamos la adoración apasionada de Dios, cualquiera que sea nuestra pasión se convertirá en nuestro dios. Las palabras de Pablo deberían servirnos de advertencia en el sentido de que si no dejamos que el Señor incite apasionadamente nuestros corazones para adorarle, nuestras pasiones

inevitablemente serán incitadas por alguna cosa. La secuencia es clara. Una vez que las personas dan la espalda a la verdad sobre Dios, su pensamiento se tergiversa, su entendimiento se entenebrece, su corazón se endurece, y la capacidad de experimentar una pasión profundamente se disminuye. La única cosa que no profundiza mucho en el corazón es la sensualidad. Pero su eficacia se reduce. En lugar de controlar nuestros deseos nos convertimos en esclavos de nuestros deseos.

La recuperación del diseño de Dios. Lidar con nuestra sexualidad de una manera consecuente con el diseño de Dios no es fácil. Pero con la ayuda del Señor, saturándonos de su Palabra y con la ayuda de amigos que compartan nuestro dolor y confidencialmente nos hagan rendir cuentas es posible. Los siguientes pasos pueden comenzar a cambiar el patrón de

adicción del que habla Efesios 4:17-19.

1. Reconoce que hemos sido creados para desear. Dios no quiere que sencillamente neguemos ni reprimamos nuestra capacidad de placer. Hay una estrecha relación entre nuestra pasión y nuestra capacidad para adorar. Es el deseo lo que Dios utiliza para acercarnos a Él. David dejó esto implícito cuando escribió:

Delítate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón
(Salmo 37:4).

Esto no significa que si nos deleitamos en Dios obtendremos todo lo que queremos. Sin embargo, sí significa que Dios es tan bueno, amante, poderoso, está tan cerca de nosotros y tan comprometido con nuestro bienestar a largo plazo que puede satisfacer los más profundos anhelos de nuestro corazón.

Un hombre llamado Asaf expresó esta misma confianza cuando escribió: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra» (Salmo 73:25). No obstante, lo interesante de Asaf es que no llegó a tener esa confianza sin antes luchar mucho. En las primeras porciones del Salmo 73 expresó una gran desilusión de Dios. Comenzó diciendo que a pesar de que sabía que Dios era bueno con Israel no estaba tan seguro de que Dios había sido bueno con él mismo. En realidad, estaba tan poco convencido de la bondad de Dios para con él que casi perdió su fe. No fue hasta que reflexionó en el destino de las personas a quienes envidiaba que aprendió a estar profundamente satisfecho con Dios.

*¿A quién tengo yo
en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada
deseo en la tierra
(Salmo 73:25).*

El problema de Asaf no era que estaba demasiado lleno de deseo de satisfacerse con Dios. Su problema era que, antes de su «momento de reflexión», no había pensado con suficiente claridad en los impíos ni en Dios mismo como para ver donde se hallan el verdadero placer y la verdadera satisfacción.

John Piper, en su libro titulado *Desiring God* [Deseando a Dios], presenta un argumento similar cuando escribe:

El gran obstáculo a la adoración no es que somos personas que buscamos placer, sino que estamos dispuestos a conformarnos con placeres despreciables (p. 77). Cuando consideramos lo que Dios nos ha ofrecido por buscar una relación más profunda con Él «parecería que nuestro Señor piensa que nuestros deseos son, no demasiado

fuertes, sino demasiado débiles. Somos criaturas indiferentes jugando con la bebida, el sexo y las ambiciones cuando se nos ofrece un gozo infinito, igual que un niño ignorante que quiere seguir haciendo pasteles de lodo en un barrio pobre porque no se puede imaginar lo que significa que le ofrezcan unas vacaciones en el mar. Nos complacemos con demasiada facilidad (C. S. Lewis, *The Weight of Glory*, pp. 1-2).

2. Enfrenta con

honestidad el lado oscuro del deseo.

Aunque fuimos creados para desear es igualmente cierto que una pasión sexual mal dirigida representa una gran amenaza para nuestro bienestar. Las luchas sexuales están muy lejos de ser superficiales. El problema no es simplemente un apremio hormonal fuera de control que puede controlarse con exhortación y

una autodisciplina rígida. La inmoralidad sexual involucra la dirección imperfecta de nuestro depravado corazón humano que rehúsa adorar al Dios que nos creó.

Después que todos nuestros necios esfuerzos por controlar nuestras vidas adorando el dios falso del placer sexual han fracasado debemos comenzar a ver a Dios como la única persona que puede aliviar el terror de nuestro aislamiento con su poderosa y bondadosa presencia. Dios desea acercarnos a Él con la esperanza de una participación gozosa y eliminar nuestra obstinada determinación a sobrevivir por nuestra cuenta.

Para enfrentar los terrores de la vida se necesita valor (Josué 1:9). Tememos encontrar algo o alguien que nos destruya. Pero una fe valerosa es creer que podemos manejar cualquier cosa que la vida nos presente porque pertenecemos a un

Dios que ya lo ha manejado (Juan 16.33). Se necesita valor para enfrentar tanto las desilusiones de nuestro mundo exterior como la depravación de las regiones oscuras de nuestro corazón. Eso significa que rehusamos fingir, y eso infunde integridad.

Se necesita humildad si hemos de enfrentar honestamente la arrogancia y la rabia que hay detrás de nuestra determinación de sobrevivir en este mundo por nuestra propia cuenta debido a nuestras sospechas de que Dios no es bueno. Si estamos dispuestos a humillarnos ante Él y a confesar nuestra rebeldía contra Él, Dios extenderá su gracia y su misericordia para sostenernos en nuestro andar por la vida (Santiago 4:6).

¿Nos sentimos más apasionadamente conmovidos por una aventura ilícita, una fantasía sexual o la página central de la revista *Playboy* que

cuando leemos el relato de la muerte de nuestro Señor en la Biblia? ¿Nos sentimos más vivos cuando miramos una ardorosa escena de amor en la televisión que cuando tenemos la oportunidad de compartir nuestra fe con un incrédulo? Si es así, eso demuestra nuestro propio compromiso a una comprensión entenebrecida de la vida separados de Dios (Efesios 4:18).

3. Pídele a Dios que de una nueva dirección a tus deseos. La raíz del problema no es que tenemos unos deseos sexuales descontrolados, sino un corazón desenfrenado que se ha endurecido ante los calurosos rayos de la gracia y la verdad de Dios. El placer del sexo ilícito (o de cualquier patrón de adicción pecaminoso) es efímero. Satanás es el que busca constantemente a quien devorar (1 Pedro 5:8), por lo que toda adicción (o dios falso) ha sido

diseñado para destruir al adorador. Satanás no recompensa los deseos del corazón; más bien destruye el deseo del corazón humano de manera que no quede un deseo apasionado de nada, especialmente de Dios.

El confesar nuestros pecados a Dios (1 Juan 1:9) y unos a otros (Santiago 5:16) nunca debe limitarse a nuestras acciones y conductas observables. Siempre debe tomar en cuenta la raíz pecaminosa de nuestras acciones pecaminosas, corazones endurecidos al perdón, la gracia y la misericordia de Dios. El arrepentimiento a este nivel es un cambio de corazón, de un dios falso al verdadero (1 Tesalonicenses 1:9).

El verdadero arrepentimiento siempre se caracteriza por un corazón quebrantado y contrito. Ese es el corazón apasionado en el que Dios se deleita (Salmo 51:16,17).

4. Comprométete apasionadamente a vivir según el diseño de Dios. Si ahora estamos dedicados a la vida en Cristo (Romanos 6:11) tenemos razón para escuchar al apóstol Pablo cuando dice: «... presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (Romanos 6:13). Todos estamos involucrados en la batalla por las almas de los demás. O bien nos convertiremos en armas en manos del maligno para robarle a Dios gloria y adoración (Romanos 6:12,13), o bien nos convertiremos en armas para el bien glorificando a Dios por la manera en que lo disfrutamos.

La promiscuidad sexual es un arma efectiva que Satanás utiliza para robarle gloria y honor a Dios. Muchas veces no pensamos que es así, pero la forma en que manejamos nuestra

sexualidad afecta a Dios y la manera en que otros lo ven. Siempre que participamos en una actividad sexual ilícita arrastramos a Dios en la escena y le hacemos partícipe de nuestra inmoralidad (1 Corintios 6:12-20). Cuando rehusamos abandonarnos a la inmoralidad sexual por el profundo gozo y gratitud que sentimos en nuestro corazón por la bondad de Dios para con nosotros derrotamos la causa del maligno haciendo el bien (Romanos 12:20). Entonces, decir No a la inmoralidad se convierte en un placer porque la actividad sexual ilícita palidece en comparación con el disfrute de la presencia de nuestro Padre (Salmo 16:11).

Aunque la tentación sexual siempre será atractiva para nosotros mientras vivamos, se hará cada vez más resistible si nos centramos en nuestra búsqueda de una relación apasionada con Cristo. El disfrutar de una intimidad

cada vez mayor con Dios mostrará el encanto de la complacencia sexual como lo que realmente es: un ladrón que nos roba del gozo exquisito de una intimidad genuina. Al darnos cuenta de ello, el deseo por el placer sexual se hace mucho menos importante y amenazador.

5. *Acepta agradecidamente el precioso don del género.*

Mientras aprendemos a ver el pacer sexual desde la perspectiva correcta es importante que no menospreciemos nuestra sexualidad en el proceso. Hay una deferencia entre deseo sexual y sexualidad. El deseo sexual es una capacidad dada por Dios que muchas veces se sobrestima como placer. Por otro lado, la sexualidad es el don del género otorgado por Dios que muchas veces se subestima como factor de identidad. La sexualidad es una dimensión de nuestra condición de personas, la cual refleja la

manera en que hemos sido seleccionados y diseñados para reflejar la imagen de Dios.

Por siglos, debido a los prejuicios y a los abusos, muchas personas han considerado su masculinidad o su feminidad como una maldición. Por ejemplo, se sabe que algunos varones judíos dan gracias a Dios regularmente porque no nacieron ni gentiles ni mujeres. No obstante, la masculinidad y la feminidad, cuando se integran al diseño de nuestra raza, son parte del plan bueno y sabio de Dios.

A pesar de que los sexos muchas veces entran en conflicto, el apóstol Pablo señaló que tanto hombres como mujeres deben su existencia a Dios. Ninguno de los dos podría existir sin el otro (1 Corintios 11:11,12). Ambos tienen igual acceso a la salvación en Cristo Jesús (Gálatas 3:28). Y ambos tienen papeles distintos en el plan de Dios para la familia y

la iglesia (Efesios 5:17-33; 1 Corintios 11:1-16).

Como resultado de ello, las Escrituras prohíben terminantemente que se intercambien la vestimenta (Deuteronomio 22:5), la homosexualidad (1 Corintios 6:9), o cualquier otro tipo de conducta que enmascare intencionalmente el don del género que Dios nos ha dado.

6. Honra el lecho matrimonial. Los placeres de la intimidad sexual se crearon para que fuesen una celebración de la intimidad marital. Dentro del contexto de un matrimonio duradero y fiel, la sumisión mutua y el amor son las directrices para disfrutar del cuerpo del cónyuge (Proverbios 5:15-23; Cantares 4:1-15; 7:1-8:4).

Sin embargo, el diseño de Dios del lecho matrimonial no se puede separar del diseño global de Dios para una relación marital en la que los dos son una sola carne. El «acto matrimonial»

ha de ser compartido por un hombre y una mujer que se relacionan entre sí «fuera del dormitorio» de una forma que refleja la relación de Cristo con su Iglesia.

Efesios 5:22-23 nos pinta una imagen de la clase de relación que Dios ha diseñado para que acompañe el acto sexual en el matrimonio. Setenta y cinco por ciento de lo que Pablo escribió en este pasaje se centra en las responsabilidades del hombre de reproducir en miniatura una nueva realización de la encarnación de nuestro Señor: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (v. 25). El ejemplo implica una acción agresiva, una fortaleza tierna y un propósito profundo. No se caracteriza por el alejamiento, sino por un movimiento activo hacia su esposa cuya intención es limpiar cualquier cosa que

eche a perder la belleza y el resplandor interior (vv. 26,27). Dios ha colocado en el hombre el deseo de participar activamente en la vida de su esposa para sacar su belleza interior.

El mandato de Pablo a las esposas fue que habían de someterse a sus maridos (vv. 22-23). Eso no significa que se espera que una mujer desconecte pasivamente su cerebro y haga sencillamente todo lo que un hombre le diga que haga. ¡De ninguna manera! Significa que ha de emplear activamente todas sus facultades femeninas para el bien de su esposo. El diseño de Dios es tal que la mujer experimentará el mayor gozo en la vida cuando responda a su esposo de la manera en que la Iglesia experimenta gozo cuando recibe a Cristo como esposo (v. 24). Se espera que la Iglesia confíe abiertamente en las buenas intenciones de Cristo y reciba su participación

aun cuando el resultado sea difícil de aceptar. De la misma forma, una esposa ha de respetar a su esposo (v. 33) y hacerle rendir cuentas de su llamamiento a ser el amante tierno de su alma. En el proceso de darle a él su belleza femenina interior (1 Pedro 3:1-6) lo exhortará respetuosamente a ser el hombre que Dios quiso que fuese.

Esa es la clase de relación que Dios ha diseñado para que acompañe al lecho matrimonial. Puesto que el corazón es la fuente máxima de los sentimientos y los placeres sexuales, es evidente que Dios es mucho más sabio que aquellos que tratan el placer sexual como algo que es un poquito más que un asunto técnico. Dios sabe que es de unos corazones limpios y mutuamente fieles que se deriva el placer sexual más significativo.

7. Haz del amor una meta. Ya sea que seamos casados o solteros, el

amor a Dios debe llegar a ser muchísimo más importante para nosotros que la búsqueda del placer sexual. Es sólo cuando nos preocupemos por agradarle y cuando estemos más interesados en los demás que en nosotros mismos que podremos resistir la tentación sexual.

El hombre o la mujer que esté disfrutando de una intimidad creciente y amorosa con Cristo no estará dispuesto o dispuesta a engañar sexualmente a otra persona. El amor produce un deseo avasallador de honrar al Señor y de ver que en la otra persona se produzca una fortaleza de carácter (1 Timoteo 5:1-2).

La pasión sexual es muy fuerte, pero se puede frenar con una apasionada obediencia a Cristo que es más que un mero acatamiento concienzudo de la ley al pie de letra. Un hambre y una sed de Dios profundas pueden ayudarnos

a vernos los unos a los otros a través de Su ojos y no a través de los sentimientos egocéntricos de deseo ciego.

El apóstol Pablo conocía la clase de amor que sale de un corazón centrado primeramente en Dios. Nos dejó el mejor tributo al amor que jamás se haya escrito:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la

injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser...

(1 Corintios 13:1-8).

Eso es lo que se llama un deseo redirigido. Da significado, dirección y satisfacción a la vida, ya sea que haya oportunidad para la sexualidad marital o no. Donde existe un amor así, los hombres y las mujeres no usan lo que no es suyo para dar o recibir ni se engañan mutuamente. Es cierto que un amor así siempre estará incompleto y será imperfecto de este lado del cielo. Pero siempre que ese amor exista dará una nueva dirección a nuestros corazones hacia la clase de pasión desprendida para la cual Dios nos ha diseñado.

EL ESCABROSO CAMINO DE REGRESO

Para personas como Francisco y Juana (pp. 1-2), que se han enredado en relaciones sexuales destructivas, el camino de regreso no es fácil. Nunca es fácil admitir los pecados, aceptar la responsabilidad por nuestras propias decisiones, ni admitir que sin la ayuda de Dios y de los demás uno nunca podrá vencer los deseos que hemos permitido se descontrolen.

Siempre es doloroso admitir que el problema no es simplemente falta de dominio propio ni unos cuantos casos de malas decisiones. Es perturbador admitir que nuestro problema está arraigado en la idolatría, que hemos adorado la intimidad sexual más que a Dios, y que sin una disposición de permitir

que Dios nos cambie radicalmente nuestros problemas continuarán.

La Biblia no trata el pecado sexual como un problema pequeño que puede resolverse con un poco de consejería y unos cuantos «ajustes». Con respecto a los deseos sexuales que derribaron a una persona como el rey David, las Escrituras nos dicen que hay un momento en que debemos humillarnos y salir corriendo. Al darse cuenta del poder de la tentación sexual, el apóstol Pablo escribió:

Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca (1 Corintios 6:18).

Pablo escribió lo siguiente de las pasiones juveniles:

... y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor (2 Timoteo 2:22).

El pecado sexual no se puede corregir prometiéndose uno mismo que la próxima vez lo manejará mejor. De la única manera en que se puede manejar es llegando honestamente a la raíz del deseo del propio corazón, haciendo las paces con Dios y con los que se ha herido, volviendo la vista hacia Dios.

Pero lo más importante es que necesitamos usar el conocimiento de nuestro pecado como una razón para correr hacia los brazos y las manos con cicatrices de Cristo. Corre a su cruz. Aférrate a la verdad de que cuando Cristo murió pagó el precio de todo pecado sexual y de toda clase de pecado que hayas cometido. Aprópiate del perdón que Dios ofrece a aquellos que confían en su Hijo.

Cuando confíes en que Cristo te perdonará cerciérate de que lo haces con el deseo de sustituir el pecado sexual con justicia y amor. No trates al perdón en sí mismo como

otro medio de evitar el dolor. Prueba tu amor viendo si estás dispuesto a compartir el dolor de aquellos que has herido con las decisiones que has tomado en el área sexual. Si tu arrepentimiento es verdadero, si realmente quieres vivir en la fortaleza del perdón de Dios y en la pureza de su Espíritu, si realmente has sido quebrantado por tu pecado, entonces no exigirás que otros perdonen y olviden lo que les has hecho.

Lo más importante es que necesitamos usar el conocimiento de nuestro pecado como una razón para correr hacia los brazos y las manos con cicatrices de Cristo.

Si tu experiencia es como la de Francisco, a quien mencionamos al principio de este librito, tendrás razones para preocuparte porque los seres a quienes has herido con tu pecado están sufriendo diariamente por el daño que les has infligido. Exigir que olviden el daño que les hemos hecho es imponer más castigo y peso sobre ellos. El cambio se producirá a medida que te preocupes mucho más por el dolor que otros sienten que por tu propia satisfacción inmediata.

Ese es el sendero del verdadero amor. Ese es el camino que nos permite andar con Aquel que vivió, no para Sí mismo ni para el momento, sino para nosotros, y para que le disfrutásemos eternamente. Este es el camino que muestra el más elevado sentido en el que hemos sido creados para desear.

Tim Jackson es consejero autorizado en el estado de Michigan, EE.UU., y jefe de la sección de consejería del departamento de correspondencia bíblica de Ministerios RBC.